

principalmente el causado por tres veces consecutivas en el cambio de monedas.

10. «Llamamiento al Rey para que castigase los abusos cometidos por sus oficiales reales, detallados en las cartas selladas de que era portador el legado Jaime Desnormands.

11. «Que Lion y su territorio no pertenecian á la autoridad real, y sí á la Iglesia prohibiéndole turbar la jurisdiccion y su gobierno particular, con la obligacion de reparar los perjuicios y ofensas causadas al Arzobispo y Clero de aquella ciudad y á sus vasallos.

12. «Si en el término fijado por Carlos de Valois y el embajador, el Rey no reparaba y remediaba los abusos señalados, y no daba sobre todos los puntos una satisfaccion conveniente á la Sede Apostólica, el Papa, en virtud de su derecho de Soberano Pontífice y en razon de su cargo, procedería contra el Rey de Francia espiritual y temporalmente.»

El Cardenal legado apenas pudo presentarse en público, por razon de las órdenes severísimas que expidió el Rey, el cual procuró impedir que Nicolás de Benefracta, capellan de honor del Cardenal, pudiera presentar la Bula del Papa, por cuanto habia sido detenido en la frontera y encarcelado, así como algunos otros eclesiásticos que habian sacado copias de dicha Bula. Felipe el Hermoso, al tomar estas disposiciones tan temerarias, obraba bajo la inspiracion maléfica de hombres audaces y atrevidos, como Nogaret y Plazian, los cuales llegaron al extremo de aconsejar al iracundo Rey intentase deponer al Papa, para acabar de una vez con un Pontífice que contrariaba todos sus proyectos, y por su propia autoridad real convocase un Concilio que le depusiese de la dignidad suprema de jefe de la Iglesia. Dichos personajes se encargaban de probar que Bonifacio era intruso, simoníaco y hereje, cuyos cargos ellos sostendrian delante del Concilio, pero que antes era indispensable apoderarse á toda costa de la persona del Pontífice; plan tenebroso é inicuo, que Nogaret se encargó de llevar á cumplido efecto, como veremos más adelante.

Nos permitiremos dos palabras acerca de Nogaret.

Guillermo de Nogaret nació en S. Felix de Caraman, en Laurage (Tolosa); fué profesor de Derecho en Montpellier, y juez mayor de Nimes, en la senescalia de Belcaire; era de carácter audaz, de rápida concepcion, emprendedor, vivo, de corazon seco y de espíritu eminentemente atrevido, no menos osado y astuto que Pedro Flote; no se encontró nunca embarazado para obrar en arduos asuntos y no encontraba obstáculos que no venciese, aceptando los medios por indignos, perversos y criminales que fueran, siempre y cuando estos le condujeran al fin que se habia propuesto.

Nogaret, pues, consejero y privado que era del Monarca, fué el insi-

nuador de las medidas violentas que se tomaron contra el Pontífice; para complacer á su regio amo, no titubeó un momento en idear el plan que debia más tarde ponerse en ejecucion. Redactó en union de Plazian, ministro del Rey, un virulento manifiesto contra Bonifacio, en el cual se le acusaba de herejia, y se decia con la más cínica desvergüenza, «*que el Papa no habia entrado por la puerta en el rebaño de Cristo, ni como pastor ni como operario, sino más bien como ladron ó bandido; que en la silla de Pedro estaba sentado el maestro de la mentira, y que como era un malhechor, se hacia llamar Bonifacio.*» En fin, para dar un espectáculo más repugnante, ridículo, ruidoso y de grande escándalo á las naciones cristianas, aconsejaron los dos áulicos al Rey convocase la Asamblea de los Barones, á fin de explicar ante ella el estado de las cosas, y alcanzar su apoyo como representantes de la nacion. El Monarca francés accedió á ello; pero conociendo el carácter del Papa, se preparó á todo, y no aguardó la publicacion de la Bula que le excomulgase, encargando el 12 de marzo 1303 á Nogaret presentase un requerimiento contra el Pontífice. Como todo ya estaba tramado de antemano, Nogaret se presentó al Louvre, en donde el Rey le aguardaba rodeado de su corte y de algunos prelados: y una vez ante el Rey, con toda la audacia de que puede ser capaz un hombre perverso, leyó en alta voz el requerimiento, que para más escándalo estaba encabezado con un texto de la Sagrada Escritura.

El fondo de su peroracion no era otra cosa que una sangrienta sátira llena de personalidades; su invectiva sarcástica iba dirigida á Bonifacio, llamándole malfactor, intentando probar que era un Papa intruso, hereje cismático, cargado de crímenes espantosos, endurecido en ellos é incorregible; en una palabra, parecia que Nogaret estaba inspirado por el espíritu de Satanás, suplicando por último al Rey reuniese los Estados generales para proceder, con el concurso de los Principes cristianos y Cardenales, á la convocacion de un Concilio, en el que fuese depuesto Bonifacio; y que entre tanto la Iglesia Romana fuese gobernada por un vicario á fin de evitar el cisma, así como era urgente apoderarse de la persona de Bonifacio, por el temor de que impidiese esta buena obra.

A consecuencia de este requerimiento, el Rey convocó los Estados generales para el mes de junio inmediato. En efecto, se reunió la Asamblea en el Louvre, asistiendo además de los Diputados, el Príncipe Luis de Evreux, los Condes de Guy y de S. Pol, Juan de Dreux y el privado del Rey, Guillermo de Plazian, el cual tomó la palabra (13 de junio) y pronunció un discurso mucho más violento que el requerimiento de Nogaret, pidiendo por último al Rey la convocacion del Concilio general, y prometiendo que en la próxima sesion expondria los agravios inferidos por el Papa al Rey de Francia.

En efecto, en la segunda sesion, después de haber prestado juramen-



to sobre los Evangelios de que todo cuanto leería era cierto y verdadero, expuso á la Asamblea veinte y nueve puntos de acusacion. En dicha memoria acusaba sin rodeos al Papa de irreligion, impiedad, herejía, simonía, de desprecio de las cosas santas, de profanacion de los sacramentos, de execrables abominaciones, de sacrilegios y hasta de mágia; imputaba asimismo al Pontífice un odio implacable á la Francia, hasta desear humillarla, animando y excitando al Rey de Inglaterra contra Francia, presentando á Federico como á competidor de Carlos para el reino de Nápoles, fomentando la guerra para exterminar en Italia á todos los franceses, con promesa de ayudar á Federico en la empresa de Nápoles, y le acriminaba de haber confirmado Rey de Alemania á Alberto de Austria con el designio de suscitar un nuevo enemigo á la nacion francesa. Después que hubo leído dicha memoria, juró otra vez que todo era verdad, protestando que no le dominaba la pasion contra el Papa, sino el bien de la Iglesia; que estaba dispuesto á probar ante el Concilio todo cuanto acababa de leer, considerando urgentísima la convocacion de dicho Concilio, y lo pedía con instancia, debiendo hacer constar, que, previendo de antemano los anatemas que por este motivo se le fulminarian, apelaba desde entonces al Concilio convocadero y al futuro Papa, ratificando el requerimiento de Nogaret y pidiendo acta del suyo. Suspendióse la sesion para tener lugar un escándalo mayor; el mismo Plazian levantóse de su asiento, y asistido de algunos Condes y Barones se presentó al Rey para entregarle una peticion en la cual estaban resumidas todas las acusaciones contra Bonifacio; en ella se imputaba al Papa haber negado la inmortalidad del alma, la vida eterna y la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, haber practicado sortilegios y comercio familiar con el demonio, haber cometido todos los pecados prohibidos por el Decálogo, y violado todas las leyes divinas y humanas, ya en su conducta particular, ya en lo que miraba á la Francia, etc.

Y vuelto otra vez á su asiento, y abierta de nuevo la sesion, se levantó dicho Plazian, y dirigiéndose al Rey le suplicó que, en calidad de defensor de la Iglesia católica, convocase un Concilio ecuménico, en donde se tendria un gran debate sostenido entre él y Bonifacio; en esta Asamblea asistian 39 prelados (1). Estos, al oír tantas acusaciones contra el Jefe supremo de la Iglesia, manifestaron su disgusto, rehusando figurar como parte en la acusacion; pero condescendiendo servilmente á las suplicas del Rey y de los Barones, consintieron en la convocacion ilegítima del Concilio; ellos se mostraron pusilánimes, enervados ante las iras del Rey;

(1) Asistieron 5 Arzobispos, el de Nicosia de la isla de Chipre, Reims, Sens, Narbona, Tours; 21 Obispos, 11 Abades, entre los cuales el de Cluni, Premonstratense y el de Cister.

prefirieron conservar los bienes temporales y la amistad del Soberano, que cumplir con sus sagrados deberes de defender la libertad é independencia de la Iglesia, olvidando el noble y valiente ejemplo del Clero y Episcopado español é inglés, que en aquellos mismos momentos resistia con firmeza las injustas exigencias laicales y pretensiones odiosas del poder temporal.

Concluido el razonamiento de Plazian, tomó la palabra el Rey y requirió el voto de la Asamblea para la convocacion del Concilio y para la apelacion. La votacion fué unánime; en vista de ello el Monarca declaró que sobre las representaciones de Plazian y requerimiento de Nogaret accedia al consejo general, y daba su asentimiento y aprobacion para convocar el Concilio, prometiendo asistir personalmente, y para ello rogaba á los Prelados le secundasen, salvo el respeto á la Iglesia Romana; y para precaver cuanto podia suceder, apelaba tambien al Concilio y al Papa canónicamente elegido. Tal es en sustancia el acta del 15 de junio de 1303.

El día 24 del mismo, el Rey mandó leer públicamente el acta de apelacion en París, lo cual tuvo lugar en el Jardin real; y para lograr un consentimiento general de todas las provincias del Reino, el 27 del mismo mes fueron dirigidas cartas circulares, quedando encargados Amaury vizconde de Narbona, Guillermo de Plazian y tres clérigos de la corte, de recorrer todo el Reino para este objeto, quienes lograron con sobornos é intrigas más de 700 actas de adhesion de Arzobispos, Obispos, Abades, Capítulos, Conventos de frailes y monjas de todas las órdenes, Universidades, Comunidades, de Príncipes y Gentiles hombres, en una palabra, de toda la nacion menos de la Orden del Temple, que jamás se separó de la obediencia debida al Papa Bonifacio, siendo esta una de las principales causas porque Felipe la persiguió con tanto encarnizamiento.

Con este apoyo el Rey de Francia prosiguió en sus descabellados planes de convocar un Concilio general, y encargó este atrevido negocio á dos nobles señores, Guillermo de Chatenay y Hugo de Celle, los cuales con cartas patentes, datadas de 1.º de julio, debian presentarse al Colegio de Cardenales para acreditar su mision, siendo además portadores de una carta autógrafa del Rey, en la cual suplicaba á los Cardenales cooperasen á este mismo objeto. No se descuidó tampoco Felipe el Hermoso de enviar iguales circulares á los Reyes de Portugal, Aragon, Castilla y Navarra, para hacer á los tres primeros, cómplices de tan indigno proyecto. Al de Navarra no habia dificultad alguna, pues era su hijo mayor, llamado Luis Hutin. Nogaret se encargó de presentarse al Papa para intimarle el requisitorio, y para mayor escándalo publicarlo en la misma ciudad de Roma; pero todo esto era fingido, por cuanto Nogaret, desde el 7 de marzo de 1303, tenia un autógrafa del Rey en blanco con su firma y sello real, autorizándole para obrar y usar de él en lo que juzgase conveniente.



Como el Rey y la Asamblea se habían adherido á la acusacion formulada por Plazian, que habia reemplazado á Flote en el cargo de canciller, en la cual declaraba al Papa hereje y simoníaco, acusacion sostenida por Nogaret, cuyo abuelo habia sido quemado por hereje albigense, se acordó el apoderarse á todo trance del Papa, y Nogaret prometió desempeñar tan odioso cargo.

Nogaret por este tiempo comenzó á poner en obra su mismo plan, asociándose con Juan Muchetti Franzesi, banquero florentino, de dos doctores en derecho y de un pequeño número de sicarios; recorrieron la Italia á fin de sondear los espíritus y ganarlos á precio de oro. Nogaret procuró atraerse todos los descontentos contra Bonifacio, entre los que se contaban las familias Supino, Secano y otros muchos señores del bando gibelino del Estado romano; y á fuerza de intrigas, negociaciones promesas y dinero, logró formar una liga con el auxilio poderoso de Sciarra Colonna para cometer y poner en obra uno de los actos más atrevidos que registra la historia del mundo. Este Sciarra Colonna era hermano de Pedro y sobrino de Jacobo, cardenales destituidos de dicha dignidad por rebeldes. Este Sciarra era uno de los más implacables enemigos de Bonifacio, conspirador gibelino, que se habia refugiado en Francia para sustraerse á la justa vindicta de las leyes romanas. Pues este bandido fué el digno y más eficaz auxiliar de los furiosos de Felipe el Hermoso y de la empresa de Nogaret. A fin de ocultar lo que se tramaba, la astucia de Nogaret hizo circular el rumor de que tanto él como sus amigos procuraban un acomodamiento entre el Papa y el Rey; de manera que la conspiracion no se descubrió hasta el mismo instante de estallar.

El Papa supo tardíamente lo que habia pasado en los Estados generales y la convocacion del pretendido Concilio resuelto por Felipe, los barones y el clero. A la sazón se hallaba en Anagni, su ciudad natal, á la cual se habia retirado por agitaciones surgidas en la capital del mundo cristiano, considerándose más seguro al lado de sus parientes, amigos, conciudadanos y súbditos, que le amaban cariñosamente; al saber el Papa, repetimos, lo resuelto en el Louvre convocó un consistorio, y á la presencia de los Cardenales se justificó con juramento de las acusaciones infames dirigidas contra su sagrada persona, y publicó algunas constituciones con fecha 15 de agosto, lamentándose de lo que acontecia en Francia. En una de ellas suspendia la jurisdiccion en lo espiritual á Gerardo Arzobispo de Nursia, por haber firmado la apelacion contra el Pontífice, acusándole de rebeldía y desobediencia á la Sede Apostólica: en otra renovaba las excomuniones fulminadas contra el Rey, poniendo en entredicho al reino y relevándole del juramento de obediencia y vasallaje, y declarando que previendo las dificultades que las Bulas podian experimentar de pasar á Francia, impidiéndolo el Rey con sus arbitrarias medidas, ó

también rechazando él aceptarlas, establecia que las citaciones para comparecer delante de la Sede Apostólica, hechas á los Reyes, Emperadores ó á otras personas de cualquier cualidad ó condicion que fueran, surtiesen el mismo efecto tanto si eran recibidas como si no lo fuesen, desde el momento que hubieren sido fijadas en la sala del Palacio apostólico, y en las puertas de la principal iglesia del lugar en que residiese el Papa. La Bula comenzaba *Rem non novam aggredimur*. Por otras dos constituciones prohibia á los doctores de la Facultad de París así como á las Universidades de Francia, enseñar y conferir grados, reservándose la provision de todos los obispados y abadías que vacasen en dicho reino, hasta que el Rey se sometiese á la Sede Pontificia.

El 1.º de setiembre publicó en Anagni para perpétua memoria la Bula siguiente (extracto):

«Nos hemos sabido los actos cometidos en Francia el día de San Juan dentro de los jardines del Rey; Nos sabemos de que crímenes se nos ha acusado; sabemos que se ha pedido la convocacion de un Concilio, y se ha interpuesto una apelacion á este mismo Concilio para impedir el proceder contra el Rey de Francia, los Barones y Prelados de dicha nacion; sabemos la liga formada entre Felipe y los Prelados para sacudir el yugo de la obediencia hácia Nos; sabemos el recibimiento amigable hecho al desterrado Estéban Colonna, nuestro enemigo. Reflexionando sobre estos atentados; se verá que estos hombres tienen la lengua en el lodo, mientras que fijan sus ojos en el cielo; que Nos hemos sido tildados de herejía, que nuestra reputacion ha sido deshonrada y ennegrecida con tantos crímenes, como su imaginacion ha podido inventar Nuevo Sennaquerib, Felipe nos sigue, meneando la cabeza en señal de desprecio. ¡Que tiemble al recuerdo de las palabras dirigidas á Sennaquerib! ¡Qué! ¿el estado de la Iglesia ha cambiado? ¿la autoridad de los Pontífices romanos ha caido por ventura en el cieno? ¿que esta ancha via quedará de aquí adelante abierta á los príncipes y á los Reyes? Se les verá dentro de poco, para escapar á los castigos del Pontífice Romano y humillar su soberano poder, tratarle de herético y escandaloso desde el punto que extenderá la mano para contenerles en sus límites. Se necesitan pronto remedios para este error contagioso, es preciso aplicar prontamente el hierro á esta llaga para impedir que se agrande; de otra manera los príncipes y los Reyes, cada vez que se sentirán apretar el freno, se pondrán á blasfemar contra el Soberano Pontífice, y apelarian á la convocacion de concilios sin cabeza. Es indispensable castigar prontamente, si toda esperanza de enmienda está perdida, á fin de que Dios no nos pida cuenta de su sangre (1).»

(1) Hist. de Bonif. VIII, por D. Luis Tosti.



Nogaret se había instalado secretamente en el castillo de Staggia, perteneciente á la familia Mucchiatti, que formaba parte de la conjuración, situado entre Florencia y Siena. En este castillo acabóse de concertar el plan con Colonna, determinando en dicho conciliábulo matar al Papa, ó á lo menos arrebatarlo violentamente y presentarlo á Lion, donde se reuniría un Concilio para deponerle del trono pontificio.

Sciarra Colonna ofreció á Nogaret todo su apoyo para secundar esta empresa, y proporcionó 300 hombres de á caballo y un gran número de gente á pié. Nogaret, merced al oro que en abundancia derramó, pudo alcanzar la complicidad de Arnolfo, comandante de las fuerzas de Anagni, así como de Reginaldo, señor de Florentino, hombre que gozaba de gran prestigio y crédito en toda la comarca romana. La seducción llegó hasta comprometer á algunos domésticos del palacio pontificio: el célebre cardenal Napoleón de los Ursinos era uno de los conjurados, y éste fué el que se apresuró á informar á Nogaret de que el 8 de setiembre el Papa publicaría solemnemente la Bula de excomunión contra el Rey de Francia, cuya Bula estaba reservada para aquel día. La Bula empezaba con estas palabras:

«Sentados por disposición de Dios sobre el trono sublime de Pedro, Nos ocupamos el lugar de aquel á quien el Padre Todopoderoso ha dicho: Tu eres mi Hijo muy amado, que he engendrado, oídle, pedidle, y Yo os daré en herencia y en vuestro poder los confines de la tierra. Vos la gobernáreis con un cetro de hierro, y la quebraréis como un vaso fragil de barro, y está para amonestar á los Reyes é instruir á los jueces de la tierra.»

Uno de los objetos principales de este importante documento era confirmar de un modo solemne la otra Bula que había expedido antes, con la cual relevaba á la nación francesa del juramento de fidelidad y vasallaje á Felipe el Hermoso. En ella enumeraba las faltas cometidas por las cuales excomulgaba á dicho monarca, ordenando que la Bula fuese fijada en las puertas de la iglesia mayor de Anagni. Nogaret, al tener noticia, por parte del Cardenal de los Ursinos, de las resoluciones del Papa, apresuró la ejecución de cuanto tenía tramado, y con la más astuta cautela y secreto salió del castillo de Staggia, reuniéndose con Colonna y demás conjurados en las cercanías de Anagni; y dadas las órdenes convenientes para el golpe, las fuerzas preparadas se pusieron en marcha durante la noche del 7 de setiembre.

Al llegar á los muros de la ciudad, el traidor Arnolfo abrió las puertas, y entonces Nogaret y Colonna dieron la consigna á los oficiales y soldados, que consistía en esparramarse á la desbandada y en tumulto, para introducir el espanto y la desolación en la ciudad, dando permiso de saquear las casas de los Cardenales y Prelados sin miramiento alguno, apoderándose de las preciosidades y riquezas como de legítimo botín.

Al pié de la letra aquellas hordas de bandidos ejecutaron lo prevenido por todo un canciller del Rey cristianísimo y por un príncipe romano, hermano y sobrino de dos cardenales, Pedro y Jacobo Colonna, que eran los jefes de tan salvaje atentado.

El Papa apenas fué avisado en el momento mismo que la ciudad se hallaba ocupada por gente desenfrenada y con la bandera flordelisada del Rey de Francia á los gritos de *Muera el Papa Bonifacio, y viva Felipe, Rey de Francia.*

La sorpresa que causó al Papa semejante noticia es imposible describirla. En palacio todo era confusión y espanto; la mayor parte de los Cardenales y Prelados, en vez de rodear al Pontífice, huyeron cobardemente, excepto los cardenales Nicolás Bocasini, que fué su inmediato sucesor bajo el nombre de Benedicto XI, y para honra de España, Pedro Hispani, los cuales permanecieron intrépidos al lado del afligido Bonifacio VIII. El palacio apostólico fué en un instante asaltado, las puertas forzadas, y los bandidos se precipitaron tumultuariamente dentro, cometiendo toda clase de excesos y abominaciones. La tranquilidad de alma de Bonifacio se reveló toda entera en este momento supremo: «Abrid las puertas de mi aposento, dijo á sus aterrорizados servidores: ahora veo que me prenden por traición como á Jesucristo, y tal vez seré conducido á la muerte por mis enemigos; yo deseo y quiero morir Papa.»

Inmediatamente se revistió con los ornamentos pontificales; puesta la corona de Constantino, y la cruz en la mano, se sentó en el trono con los dos fieles Cardenales á su lado; aguardó á sus enemigos que no tardaron por cierto en presentarse. Entraron en efecto Nogaret y Colonna, y á pesar de aquel aparato imponente, empezaron á ultrajar al Vicario de Jesucristo, sin miramiento á la dignidad suprema de tal, ni á la avanzada edad de 86 años que tenía el Pontífice, siendo por mucho tiempo el blanco de las burlas y sarcasmos de aquellos dos desalmados, ávidos é insaciables de odio y de venganza.

El gibelino Colonna, con la más impúdica desvergüenza, se acercó al Pontífice, y con gestos amenazadores y rencorosa voz le gritaba: «Abdica, abdica la tiara,» y con la ironía más audaz y sacrílego atrevimiento le daba golpes en la mejilla con su guantelete (1). A su vez repetía Nogaret: «Abdica, abdica, falso Pontífice,» presentando al Papa un pergamino, del cual pendían los sellos de la Real Cancillería de Francia.

El Sumo Pontífice en tan crítica situación no perdió ni un instante su serenidad y grandeza de alma: sin embargo no dejó de temer un horrendo atentado, y dijo con entereza y energía á estos dos malvados:

(1) Thom. Valsing., Hist. p. 89; Geog. univ. V, 113.